



Felburn

Principes

Capítulo 4

De perreras y perreros

Lord Rudolph Ravencrown pasaba atrás y adelante las páginas del cuaderno de notas que Percival Goodman le había prestado. Ravencrown había acompañado a Leo hasta Bishop's Court haciendo oídos sordos a las constantes protestas del joven que argumentaba que, no siendo él un caballero no podría garantizarle que se le fuera a permitir la entrada en la más importante logia de los caballeros blancos en todo el territorio británico. El naturalista, sin embargo, estaba demasiado emocionado ante la perspectiva de poder ver en carne y hueso no uno, sino dos ejemplares vivos de una especie que hasta hacía unas horas no había existido más que en sus libros de texto y que incluso ahí se les consideraba poco menos que una leyenda. Se había puesto un abrigo, igual de viejo y deshilachado que el traje que llevaba, y allí estaba, plantado en medio del mármol de la Logia Blanca como un cuervo en un páramo nevado, leyendo una y otra vez las palabras que el doctor Leterre, en calidad de forense, había consignado en aquel diario detallando el examen post-mortem del caballero Glasnov.

En un primer momento el gran maestro no había visto con buenos ojos la llegada de aquel desconocido, tal y como Leo había estado explicando al exaltado noble que ocurriría, e incluso había intentado que se marchara del edificio sin permitirle siquiera exponer sus intereses, pero el científico traía sus credenciales bien preparadas. Sus referencias eran mucho mejores de lo que su aspecto habría dejado adivinar y resultaba evidente que sus conocimientos podrían resultar de ayuda en las pesquisas. A esto se unía el hecho de que Ravencrown no permitió que ninguno de los presentes olvidara que, socialmente hablando, estaba al menos un escalón por encima de todos ellos y aún con el aprecio que la reina mostraba a Goodman y sus compañeros, unas palabras negativas por parte de alguien que ostentase el título de "lord" aunque a duras penas lo mereciera, podría hacer mucho daño a la orden. Tras un pequeño debate en la puerta de la logia el gran maestro finalmente se había avenido a razones y Ravencrown había comenzado a devorar con avidez toda la información que le hacían llegar.

- Doctor Leterre – el naturalista levanto la vista tras contemplar por enésima vez una página que contenía un diagrama más o menos exacto de las heridas sufridas por el difunto y se dirigió al autor de las notas -.Aquí ha apuntado que la herida del cuello medía casi seis pulgadas de punta a punta, mientras que los mordiscos de brazos y piernas apenas abarcaban las dos pulgadas y media de diámetro.

- Sí, es correcto – respondió el anciano caballero sin saber muy bien a santo de que venían esas preguntas -. Como he apuntado un poco más abajo creo que la herida del cuello pudo estar causada por el zarpazo de una de las bestias.

Ravencrown torció el gesto ante lo que consideró una palabra de desprecio hacia sus amados, aunque aún desconocidos, animales.

- Creo que sólo tiene razón en parte – cortó Ravencrown antes de que Leterre pudiera dar más explicaciones -. Si bien no he tenido oportunidad de examinar directamente el cuerpo, resulta

difícil de creer que semejante herida pudiera ser provocada por las zarpas de uno de los *regalis*, mucho menos aún la sección limpia de una mano.

- ¿Nos está diciendo que estamos buscando a los animales equivocados? ¿No será que su pasión por estos lobos hace que quiera protegerlos de cualquier cosa que pueda ocurrirles aún a pesar de que han acabado con la vida de un hombre? – interrumpió Goodman que había permanecido en silencio junto a la pared, al lado de Leo.

- No niego, sir Percival, que detestaría por encima de todas las cosas ver sufrir algún daño a dos ejemplares tan magníficos pero en este caso es únicamente el pensamiento lógico el que me guía – explicó Ravencrown -. Aunque lo más natural sería pensar que el finado fue agredido por los dos animales a los que estaba persiguiendo al defenderse estos de su acecho, ya le expliqué al señor Felburn en mi casa que los *Canis lupus regalis* tienen una extraordinaria facilidad a la hora de crear sus propias manadas. En mi opinión, creo que los animales que buscan se están haciendo acompañar por un animal más grande.

- Mucho más grande, créame – la voz llegó desde la puerta donde, sofocado y con los primeros botones de la camisa desabrochados a pesar de la gélida neblina, se encontraba Argyle a quien nadie había visto llegar. Leo inmediatamente se acercó a su hermano y le ofreció su brazo por si necesitaba ayuda para caminar pero Argyle la rechazó con una sonrisa.

- Tranquilo hermano, me encuentro perfectamente. He venido corriendo desde Scotland Yard ya que los nervios no me dejaban detenerme ni para buscar un transporte. Si algún conocido me ha visto habrá pensado que me he vuelto loco. Todo un caballero, corriendo como un poseso por Fleet Street, bastón en mano. Si me lo contaran no me lo creería.

Leo se apartó del lado de su hermano, dejándole sentarse sólo para que Ravencrown se lanzara sobre él como un buitre y comenzara a acosarle a preguntas.

- Entonces...- las palabras se le atragantaban en la garganta - ¿Ha visto usted a los *regalis*? ¿Los lobos blancos? ¿Están bien?

Argyle asintió con la cabeza y tragó saliva antes de hablar.

- Están mejor que bien, señor. Parece que nuestros cánidos amigos se han acostumbrado a Londres y están campando a sus anchas por la ciudad. Pero no creo que sea eso lo más interesante. Como estaba usted comentando cuando he entrado, las mascotas de Andrevitch se han hecho con una manada. Una que ha conseguido vaciar las perreras del Yard. Decenas de perros les siguen ahora y junto con ellos otra cosa. Una bestia antinatural similar a un gran lobo negro de los páramos, pero capaz de levantarse sobre dos piernas y caminar como un hombre.

Comenzó entonces Argyle su descripción de cómo los perros le habían preparado la encerrona en la gran nave de la perrera y como el gran animal negro se había adelantado a los demás y se había levantado para mirarle cara a cara y poder sentir de cerca su miedo.

- Tenía ya un plegaria en los labios y estaba convencido de que las fauces de aquella horrenda criatura sería lo último que vería. Intenté no mostrar lo aterrizado que estaba, no tanto por

el brutal aspecto de la bestia como porque en su interior podía sentir el corazón de un hombre. No tenía delante de mí a un sirviente del Maligno, sino algo... alguien, totalmente perteneciente a este mundo.

- La naturaleza nunca deja de sorprendernos – interrumpió Ravencrown con un punto de orgullo en su voz.

- Después de lo que he visto no pienso negárselo, amigo – concedió Argyle – pero lo que quiero decir es que, tratándose éste de un asunto entre seres terrenos, estaba seguro de que Dios no intercedería por mí esta vez, pero no sé muy bien si fue su mano o los quiebros de la naturaleza los que me sacaron de aquella situación pues cuando ya podía oler la fetidez en el aliento del monstruo un aullido, largo y profundo, se me clavó en los oídos. En un primer momento pensé que había sido la criatura misma quien había aullado proclamando su triunfo, pero no era así pues todos los animales de la gran habitación se pusieron en alerta, completamente estáticos en sus posiciones e incluso la bestia mitad hombre, mitad lobo cejó su acoso. Al primer aullido lo siguió otro aún más largo y esta vez pude ver que en el punto más lejano de la sala, en lo más alto de las jaulas, otro animal llamaba al orden a sus congéneres que, uno por uno, y con evidente disgusto abandonaron la caza y fueron desapareciendo por aberturas que yo ni siquiera había visto. El monstruo bípedo volvió a caminar a cuatro patas, mezclándose con la jauría y dejándome completamente solo con mi salvador. Era blanco como el plumón de una almohada nueva y no dudó en sostenerme la mirada hasta que decidió marcharse de un salto por uno de los ventanucos.

- Asombroso. Auténticamente asombroso – Ravencrown no daba crédito a la historia que acababa de oír y paseaba en círculos frenéticamente mientras se tapaba la boca con las manos en un gesto más propio de un niño que ha recibido un regalo que de un miembro de la nobleza británica -. Hemos pasado de buscar una especie prácticamente legendaria a caer de lleno en el terreno del mito y la superstición. Un hombre lobo, nada menos. Y usted no quería dejarme participar de esto – señaló a Goodman.

Leopold sonreía junto a la chimenea con los brazos cruzados, recordando cualquiera de las veces que una criatura imposible había intentado acabar con su vida o con la de su hermano, para quien estos acontecimientos empezaban a ser rutinarios. Ver que alguien aún podía sorprenderse genuinamente ante la aparición de un ser salido del “mito y la superstición” resultaba reconfortante y alentador.

- En todo caso – terció Goodman que veía que la conversación se dirigía a él – lo más importante es dar con esa manada cuanto antes. Si todos esos chuchos han salido de las perreras de Scotland Yard será necesario comprobar que todo allí esté bien y no haya habido más muertes. Lord Ravencrown, puede considerarse nuestro invitado y pasar la noche aquí si lo desea. No quisiera que saliese a horas tan intempestivas y temo que pudiera ocurrirle algo.

Lo que Goodman temía realmente es que Ravencrown decidiera iniciar la investigación por su cuenta y se echara a la calle en pos de perros, lobos y seres de cuento, pero parecía que el científico aún mantenía la lucidez suficiente como para valorar lo que se le ofrecía.

- Se lo agradezco profundamente sir Percival. De hecho, me gustaría acompañar al señor Felburn en su búsqueda por la mañana. Quizá pueda servir de ayuda y, con toda seguridad, lo que averigüen será de gran utilidad para mis investigaciones.

- Señor, si como suponemos, esta criatura es la principal responsable de la muerte de Rodryn Glasnov estaría poniendo su vida en grave peligro – intervino Argyle tanto por respeto como por no arrastrar a un desconocido a su misión. Con las quejas de Leo tendría más que suficiente.

- No se preocupe, joven – respondió Ravencrown sin apenas prestar atención a las razones que se le ofrecían -. Al fin y al cabo sin riesgos no hay progreso.

El edificio de la perrera no presentaba un aspecto muy distinto en las primeras horas de la mañana al que había tenido durante la noche. Era evidente que los perros no habían vuelto mágicamente a sus jaulas pues el silencio era aún la tónica imperante en el recinto. La enorme puerta principal, sin embargo, estaba entreabierta y el tenue murmullo de voces que provenía del interior decía que nada grave había ocurrido y los agentes al cargo habían comenzado su jornada como cualquier otro día.

Irónicamente la gran puerta daba a una diminuta recepción en la que un agente garabateaba distraídamente con un lápiz sentado en un modesto escritorio. Si le habían informado de lo ocurrido con los perros, no parecía importarle demasiado pero se envaró y pasó repentinamente a un estado de alerta nerviosa cuando vio la levita blanca y el anillo del primer visitante que cruzó la puerta.

- Si es tan amable, querríamos ver al oficial al cargo – dijo Argyle en su mejor tono administrativo, completamente consciente del efecto que causaba su presencia en algunas personas.

El guardia salió pausadamente por la puerta que tenía detrás y de la que, en cuanto el agente desapareció de la vista llegó el sonido de pasos a la carrera y voces apresuradas. Segundos después apareció acompañado de un hombre cuya cara estaba compuesta principalmente por papada y rosados mofletes. Tenía alrededor de cincuenta años y traía la guerrera del uniforme desabrochada, dejando ver una abultada barriga embutida en una camiseta de lana blanca sobre la que dos tirantes se tensaban hasta el punto de estar a punto de saltar de sus enganches. Sudaba copiosamente y resollaba como una bestia de carga cuando recibió a sus huéspedes.

- Así que ya se han enterado – fueron sus primeras palabras -. No creía yo que el asunto fuera a tener tanta relevancia como para movilizar a los protectores del reino. ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿El ejército?

Leo carraspeó sonoramente ante la mera perspectiva de tener que tratar con alguno de sus antiguos compañeros, pero al parecer el rotundo oficial tomó la acción del hombretón de una forma bien distinta.

- ¡Oh, por los clavos de Cristo! ¿También han mandado un jodido soldado? No van a comerse a nadie ¿saben? Además, ya me encargaré yo de dar su merecido a ese imbécil.

- Disculpe, agente... - interrumpió Argyle dejando en suspenso el nombre del que parecía ser la autoridad suprema en aquel lugar.

- Sargento – aclaró el aludido intentando revestirse de un poco de dignidad -. Sargento Wilson Elias.

- Disculpe la confusión sargento Elias – continuó Argyle que no estaba dispuesto a dejar que aquel desarrapado llevara las riendas de la conversación -. No sabemos muy bien a quién se refiere usted. Es cierto que se nos ha informado de la desaparición de algunos de sus perros y esta desaparición podría tener algo que ver con una investigación que estamos realizando.

- ¿Entonces no están aquí por Dobson? – se extrañó el sargento.

- ¿Quién demonios es Dobson y por qué deberíamos estar buscándole? – intervino Leo, a punto ya de perder la paciencia.

Elias miró a los tres visitantes de nuevo, como si los viera primera vez. Había tenido tan claro que alguien vendría a reprenderle por el asunto de Dobson que no había tenido en cuenta que alguien podría visitarle sin estar al tanto. Rehízo su postura y, en un tono mucho más apropiado para un agente de policía, respondió la pregunta de Leo.

- Richard Dobson. Es uno de nuestros vigilantes. Ayer por la noche era su turno de guardia junto al agente Cobbs. Es probable que fuera Dobson quien soltara a los perros. Acompañenme a la nave principal y verán a lo que me refiero.

Inmediatamente detrás de la puerta por la que había aparecido Elias estaba la sala principal de la perrera. La misma sala donde Argyle unas horas antes había sido acosado por bestias terrenales y mitológicas y donde ahora, un puñado de agentes de policía vestidos con traje de faena intentaba corregir el desorden existente, ajenos a todo lo ocurrido durante la noche.

El lugar resultaba mucho menos amenazador a la luz del día y aunque los bloques de jaulas buscaban nuevos huéspedes y parecían querer volcarse sobre el ocasional observador tragándose su libertad, tener a la vista las salidas restaba fuerza a su ansia.

- Es repugnante – escupió Ravencrown, quien había decidido permanecer en silencio hasta ese momento.

- Disculpen ustedes el hedor. Es difícil mantener esto limpio con tanto animal – Elias parecía un tanto azorado.

- El hedor no es importante – replicó el naturalista sin siquiera molestarse en mirar a la cara al sargento -. Lo que realmente me repugna es lo que ustedes hacen aquí. Veo las jaulas, veo los

comederos y no puedo evitar imaginarme a todos ustedes desnudos y asustados comiendo en ellos. Me asombra que no tengan ustedes más marcas de dentelladas. Si yo estuviera en la piel de cualquiera de estos animales aprovecharía la menor ocasión para arrancarles la cara a mordiscos.

Las palabras de aquel extraño caballero cogieron al sargento Elias completamente desprevenido. El lugar donde se encontraban era pionero en el entrenamiento de animales para la defensa de la ley y no había una institución igual en toda Inglaterra. Habían recibido honores por parte de la Reina y su labor adiestradora no tenía parangón. Si tanta lástima sentía por los animales, Elías no quería imaginarse lo que habría dicho aquel tipo de encontrar las jaulas llenas. Estaba ya a punto de replicar cuando Leo se le adelantó. Estaba junto a una de las puertas abiertas, comprobando que las cerraduras no hubieran sido forzadas.

- ¿Por qué cree que fue el agente Dobson quien abrió las jaulas? ¿No pudieron quedar los perros en libertad por accidente? – dijo mientras sopesaba uno de los fuertes candados que colgaban inertes de sus cierres.

- De hecho, señor, fue el agente Cobbs quien nos dio la información – respondió el sargento aliviado por no tener que dar más detalles sobre su trabajo al irascible caballero de negro -. Cuando llegamos esta mañana encontramos a Cobbs inconsciente en el suelo. Tenía una brecha en la frente y sangraba un poco, pero no tardó en reanimarse y explicarnos que Dobson le había golpeado con algo. El pobre no se enteró de nada más hasta que lo encontramos los del turno de mañana.

Argyle no podía creer lo que estaba escuchando. Había habido otra persona con él en el interior de las instalaciones en el momento de su ataque y no se había percatado de su presencia. Únicamente se había preocupado de su propia seguridad y no había encontrado extraño que no hubiera nadie vigilando la perrera. Al menos parecía que el agente no había sufrido grandes daños, puesto que Elías continuaba charlando con Leo sin dar mayor importancia al estado de su compañero.

- ¿Y el tal Dobson se comportaba normalmente así con sus compañeros? – continuó indagando Leo a quien estaba empezando a interesarle la historia. A Elias pareció incomodarle la pregunta y miró a ambos lados y bajó el tono de voz antes de responder.

- El chico no es del todo normal. Es un poco... corto de entendederas. ¿Sabe lo qué quiero decir?

- ¿Y por qué tener a alguien así trabajando aquí? – siguió acosando Leo.

- Dobson no trabaja mal – comenzó el sargento a excusar a su compañero -. Normalmente es un muchacho de lo más tranquilo. No habla mucho y en ocasiones hay que repetirle varias veces las cosas para que se ponga en marcha. Suele ser cordial con todo el mundo y aquí todos le queremos.

Toda la dureza con la que Elías había insinuado que iba a tratar a Dobson cuando lo encontrara se había desvanecido de su voz al pensar en él e incluso tuvo que ahogar unas lágrimas cuando continuó hablando.

- Lo aceptaron en el cuerpo después de que a su padre, que había sido agente de policía durante casi treinta años, lo matara un maleante de un balazo mientras hacía su ronda. Dick era lo único que le quedaba a la viuda y el jefe decidió saltarse unos cuantos trámites y darle al chico un trabajo para ayudar a su madre a salir adelante. Aunque al principio hacía poco más que llevar recados, le entusiasmaba la idea de tener su propio uniforme. Se sentía más cercano a su padre de lo que se había sentido nunca y, aunque era prácticamente incapaz de abrocharse correctamente la guerrera por sí solo y mostrar un aspecto digno venía a trabajar todos los días con una ilusión en la mirada que a cualquiera de nosotros nos encantaría tener.

Argyle sonrió en silencio al acordarse de la bota que había encontrado a orillas del Támesis. La maraña empezaba a desentrañarse.

- Lo de que terminara trabajando en la perrera fue pura casualidad – continuó Wilson Elias que había vuelto a encontrar su elocuencia -. Por lo visto un día un agente volvió a la comisaría con un grave problema. Era uno de los valientes que se habían arriesgado a llevar a uno de nuestros perros como compañero, pero el animal había tenido mala suerte y empezaba a mostrar signos de haber contraído la rabia. En medio de la comisaría se soltó de su correa y a punto hubiera estado de matar a alguien de no haber estado Dobson allí. Yo lo vi todo. Vi como cogió la cabeza del animal entre sus manos y le acercó los labios a la cabeza. No mostraba miedo alguno mientras que todos los presentes estábamos aterrorizados y escondidos detrás de nuestros mostradores. Pareciera que le estaba susurrando algo al oído del animal. No sé lo que le diría, pero el perro dejó de lanzar espuma y se sentó al lado de Dobson mientras los demás no podíamos apartar la vista del milagro que acababa de ocurrir. Pocos días después Richard Dobson estaba trabajando con nosotros y así ha sido durante los dos últimos años. Al perro terminaron sacrificándolo, por supuesto.

La fría naturalidad de las últimas palabras rompió la magia que había rodeado al relato del joven milagroso y devolvió a los presentes a la sucia realidad del lugar donde se encontraban. El desagrado de Ravencrown hacia aquel sitio y todos los que allí trabajaban era cada vez más evidente por lo que Argyle decidió acabar con aquello lo antes posible.

- ¿Podríamos hablar con el agente Cobbs, si no es molestia?

- Por supuesto – respondió Elias aliviado por acabar con el silencio que había seguido a las últimas palabras de su relato -. Es el encargado del horno crematorio. Ya sabe, no podemos enterrar a todos los animales que mueren o enferman.

- Entiendo – respondió Argyle educadamente aunque temía que lo que estaban por ver no hiciera más que acrecentar la ira de Ravencrown. Elías les condujo hasta el sótano a través de una trampilla que se encontraba en el extremo norte del edificio. Explicó que se había decidido situar el horno en el sótano por dos razones. La primera, para ganar espacio, ya que cada día se encontraban más chuchos abandonados en las calles y apenas tenían ya sitio donde alojarlos. La segunda razón era la privacidad. Al parecer, la sinfonía de aullidos y lamentos que se provocaba cada vez que un animal era sacrificado podía escucharse a varias manzanas de distancia pues el olor a carne quemada ponía muy nerviosos a los canes que, desde sus jaulas se solidarizaban con el dolor de su congénere sacrificado.

- Malditos carniceros – espetó Ravencrown - ¿Aún no han oído hablar de algo llamado éter? ¿O es que les divierte hacer sufrir a estas indefensas criaturas?

La expresión bovina en la cara de Elias concedió la razón al científico. Los avances que la medicina había conseguido en materia de calmantes y sedación aún no habían llegado a Scotland Yard y, al parecer, a nadie le preocupaba.

- Me muero por saber qué clase de asesino tienen ustedes realizando sus ejecuciones. Probablemente algún pariente de un simio carnívoro ya que los demás parecen tener más que ver con los borregos – el exaltado lord no hacía ya nada por ocultar su desprecio, ni siquiera por respeto a sus dos compañeros, quienes intentaban hacerle callar pero no encontraban momento de encajar sus palabras. Lo único que hizo silenciar de repente a Ravencrown fue la súbita aparición de un hombre que asomó la cabeza al final de la escalera.

- Creo que están hablando de mi, ¿no? – dijo el agente Cobbs que había acudido al el sonido de pasos y voces en la entrada a su pequeño cubículo. Sonreía y guiñó un ojo al que rápidamente identifico como autor del original insulto -. No se preocupe. Me han llamado cosas mucho peores. Soy Harlan Cobbs y disculpen que no les dé la mano pero estaba limpiando el horno en estos momentos y no quisiera mancharles de hollín.

En contra de la imagen simiesca del asesino desalmado con la que Ravencrown había regalado la imaginación de todos los presentes y que, como comentaron los allí reunidos, estaba mucho más próxima a los relatos de terror de Edgar Allan Poe que a la realidad, el hombre que pasaba la mayor parte del día en aquella estancia oscura, únicamente iluminada por las llamas que se vislumbraban entre las rejas de la puerta metálica del horno, era un hombre agradable y tan propenso a la risa fácil como Argyle, con quien rápido entabló una conversación sobre los pormenores del trabajo de incinerador y la facilidad con que alguien puede familiarizarse con los estertores de una criatura indefensa. En absoluto se trataba de un hombre sin conciencia y había salvado personalmente de las llamas a muchos animales. Físicamente era aún más corpulento que Leo por lo que se mostraba sinceramente sorprendido por la facilidad con la que Dobson le había noqueado.

- Soy una cabeza más alto que él – explicó – y el muchacho es más bien flacucho. Me lo encontré ahí mismo – señaló hacia la puerta del horno -. Estaba parado, mirando a la pared. Ni siquiera a las llamas. A la pared. Y parecía estar manteniendo una conversación con alguien. No escuché lo que decía porque hablaba en una voz muy baja, pero debía estar muy concentrado en lo que fuera que estuviese haciendo, porque no me escuchó llegar y, como han visto, aquí se escucha hasta el vuelo de una mosca cuando no hay animales llorando.

Cuando le toqué el hombro se volvió hacia mí con una mirada salvaje. Gruñó como los perros cuando les echan el lazo y me golpeó. No parecía que tuviera nada en la mano, pero me dio tan fuerte como si hubiera estado empuñando el atizador. Perdí el conocimiento y lo siguiente que recuerdo es que el sargento me despertaba esta mañana. Las jaulas estaban abiertas y Dobson había desaparecido junto con los perros.

- Muchas gracias, señor Cobbs – Argyle le estrechó la mano. Aquel hombre tenía mucha suerte de seguir con vida y de desconocer la existencia del ser que había caminado por encima de su

cabeza hacía sólo unas horas -. Creo que su testimonio nos ha sido de gran ayuda. Antes de marcharnos, ¿tendría la amabilidad de darnos la dirección de Richard Dobson?

El barrio en el que vivía el señor Dobson era un testimonio a todo lo que de malo se podía achacar a la reciente avalancha industrial que asolaba los distritos más pobres de la ciudad y empezaba a extenderse a otras partes del país. Grandes almacenes construidos en ladrillo rojo dominaban la mayor parte de las calles, todos ellos cubiertos por una uniforme capa de hollín proveniente de las siempre humeantes chimeneas que creaban un pequeño mundo sumergido permanentemente en una maloliente niebla que se aferraba con tenaza de acero a los pulmones de aquellos que la respiraban a diario. No era raro, por tanto, que día a día los más débiles entre la clase trabajadora – ancianos y niños principalmente – murieran entre espasmos y esputos negros pues incluso aquellos que entraban por primera vez en uno de estos distritos encontraban difícil llenarse los pulmones con aquel aire viscoso. El hecho de que cada año decenas de trabajadores dejaran su vida en aquellas factorías no impedía que cada vez más y más personas sustituyeran la hoz por la llave inglesa atraídos por la música de la máquina que prometía futuros estables que jamás terminarían. Para acoger a semejante ola, junto a las fábricas habían emergido, en una asombrosa simbiosis, numerosas construcciones que, como si de colmenas se tratasen habían dado cabida a todos los nuevos zánganos que nacían con el solo propósito de servir a su única reina: la industria.

Era en uno de estos bloques, tan negros como las fábricas a las que acompañaban, donde vivía Richard Dobson. Según les había contado Cobbs, a la muerte de la viuda del sargento los compañeros habían ayudado a Richard a alquilar una habitación. Se trataba de un cuarto modesto, pero acorde al magro sueldo que el cuerpo de policía le pagaba. Dobson no necesitaba mucho más y agradeció profundamente la ayuda que le prestaron. Muchos creían que el muchacho, con sus pocas luces, no aguantaría durante mucho tiempo la vida en solitario e incluso llegaron a hacerse apuestas al respecto. Sorprendentemente nadie llegó a llevarse el bote de aquellas apuestas pues Richard prosperó rápidamente y consiguió en poco tiempo llevar una vida completamente normal junto a sus vecinos. Todo esto fue confirmado por la casera del edificio cuando Argyle y sus dos acompañantes llegaron preguntando por el joven inquilino y la señora estuvo encantada de acompañarles al segundo piso y mostrarles la puerta del que, según ella, era uno de sus inquilinos favoritos.

Leo fue el primero en darse cuenta de que la puerta no estaba cerrada y se lo comunicó a su hermano con un gesto mientras éste escuchaba un montón de chismes sobre el resto de inquilinos del edificio que parecían interesar sobremanera a la buena mujer. Hicieron falta unos minutos más y un gran despliegue de buenas maneras para conseguir que se marchara aunque después de todo lo que le había contado mientras subían las escaleras, Argyle dudaba que la señora no estuviera espiándoles desde algún agujero oculto.

Llamaron a la puerta sin realmente esperar una respuesta y lo único que recibieron fue un quejido sordo, parecido al lamento de un cachorro herido que parecía venir desde el lado más alejado de la estancia al otro lado del umbral. Unos segundos después Leo ya estaba en el

interior de la habitación con el revólver en la mano. El desorden que se encontró le recordó en un primer momento al estudio de Ravenscrown. Aunque aquí el papel escrito era mucho menos abundante, frascos vacíos y objetos varios se apilaban sin ningún orden encima de la mesa o en el suelo que, por su aspecto, llevaba varios meses sin ser barrido lo que hacía que pequeñas volutas de polvo se levantaran al andar.

Los muebles, escasos más allá de lo imprescindible, se encontraban en su mayoría volcados en el suelo o muy lejos de la que sería su posición lógica dentro de una casa, el más llamativo de ellos, un sofá tapizado en color burdeos que se encontraba totalmente volcado contra la única ventana del cuarto y bajo el cual asomaban los pies desnudos y sucios de alguien que había usado el hueco resultante como una improvisada madriguera. Por la forma en la que tiritaba, el dueño de aquellos pies no iba a constituir ninguna amenaza.

Cuando Leo hizo una seña, los dos miembros restantes del grupo se acercaron hasta el cubículo bajo el sillón, pero su habitante no dio señales de notar que alguien se estaba acercando. Estaba completamente desnudo y sufría pequeñas convulsiones, quizá por frío. Era difícil determinar el color de su piel bajo las capas de suciedad y los moretones que cubrían todo su cuerpo. Su olor era el de alguien que había pasado más de una noche durmiendo en las alcantarillas. Tenía la mirada perdida en algún punto del horizonte de sus ensoñaciones y balbuceaba incoherencias y quejidos como si de un bebé se tratase.

Argyle se acercó y le tocó el brazo, haciéndose notar. Ante el contacto, aquel hombre, supuestamente Dobson, se volvió y quedó cara a cara con el caballero. Tenía la cara cubierta de cicatrices frescas, sobre todo alrededor de la boca y los ojos. Parecía que él mismo se hubiera arañado o hubiera intentado algo peor. Al ver las marcas de su cara y la mirada perdida de aquellos ojos Argyle tuvo la certeza de que aquel hombre, patético y balbuceante, era la misma criatura que le había atacado la noche anterior. No parecía ahora fiero ni terrible y al mirarle una ola de compasión inundó al caballero. Cualquiera que fuera la historia de aquel hombre, de aquel ser, su vida debía haber sido un infierno.

- Richard – lo llamó Argyle por su nombre y le sacudió levemente el hombro -. Hemos venido para ayudarte.

El hombre hizo un esfuerzo por entornar los ojos hacia la voz que lo llamaba y cuando reconoció la fuente se quedó inmóvil.

- Tú – fue lo único que dijo antes de echarse a llorar sobre el hombro de Argyle.